

ESCRIBIR LA HISTORIA, ESCRIBIR HISTORIAS: LA ELECCIÓN DE JEAN DE BUEIL

Writing History, Writing Stories: The Choice of Jean de Bueil

MICHELLE SZKILNIK

Universidad Sorbona Nueva - París III, Francia
michelle.szkilnik@sorbonne-nouvelle.fr

Resumen

Cuando en la segunda mitad del siglo XV, Jean de Bueil decide escribir sobre el arte de la guerra, elige crear una ficción más que narrar la crónica de los años en que sirvió como caballero al rey Carlos VII de Francia. Se trata de una elección desconcertante de este hombre de armas que participó de batallas y escaramuzas desde 1424 hasta 1453 (incluida la Batalla de Castillon). Considero que la escritura de una ficción basada en su experiencia personal suministraba mayor eficacia a un tratado cuyo objetivo era convencer a los jóvenes que la falta de carrera resultaba más gratificante que poseer una militar.

Palabras clave escritura de la Historia - ficción - Jean de Bueil - Le Jouvencel

Summary

When, in the second half of the 15th century, Jean de Bueil decided to write about the art of war, he chose to create a fiction, rather than chronicle the years he served the king Charles VII as a knight. This is a puzzling choice for a famous man-of-arms who took part in many battles and skirmishes from 1424 to 1453 (including the Battle of Castillon). This article tries to elucidate his decision. I contend that writing a fiction rooted in his personal experience gave greater efficiency to a treatise aimed at convincing young men that no career is more exalting and rewarding than a military one.

Keywords History writing - fiction - Jean de Bueil - Le Jouvencel

No existe, en la Edad Media, otra filosofía de la historia que un providencialismo difuso; tampoco existían verdaderos historiadores preocupados por exponer las razones de las realidades que describían. Tucídides, Tácito, fueron historiadores; la Edad Media tiene solo cronistas. (Jean-Charles Payen cit. en Courroux, 2016: 32)

Se ha afirmado que los hombres del medioevo eran pésimos historiadores, que no poseían la disciplina necesaria para tratar una ciencia tan seria como la historia, la que tiende a la objetividad, la exhaustividad y al sentido de la perspectiva. Mi epígrafe, extraído de un manual de literatura publicado en 1970, subraya esta idea. Los medievales eran demasiado ingenuos, su visión demasiado limitada por las normas sociales y religiosas. Afortunadamente, los historiadores modernos han llegado para desentrañar lo verdadero de lo falso, la superstición de lo racional y han podido penetrar lo que se esconde en la superficie de los hechos. Este juicio condescendiente se impuso en el momento en que queríamos hacer de la historia una ciencia positivista. No podían existir historiadores medievales, por cuanto, la historia, como disciplina, no existía. Lo que la narrativa histórica representaba era la apología de un reinado o una reescritura de mitos antiguos o, en el mejor de los casos, memorias teñidas de subjetividad. Sin embargo, desde hace medio siglo y pese a mi cita, este juicio ha sido objeto de una revisión profunda; varios trabajos contemporáneos, realizados por historiadores o especialistas de literatura, han examinado de nuevo la actitud de los medievales hacia el pasado y hacia los relatos que hacían de él. Citaré, por ejemplo, la tesis reciente de Pierre Courroux, *L'écriture de l'histoire dans les chroniques françaises*, publicada en 2016, donde se encuentra la cita de Jean-Charles Payen. No obstante, la obra de Bernard Guenée ya se había adelantado al respecto. La reflexión sobre la escritura de la historia en la Edad Media se alimenta, asimismo, de un cuestionamiento del lugar del historiador y de la historia en el mundo contemporáneo. Ivan Jablonka, en un libro publicado hace menos de diez años, *L'histoire est une littérature contemporaine* (2014), Patrick Boucheron y muchos otros cuestionan la supuesta neutralidad del historiador, la distancia que dicen mantener con el pasado y abogan por una relación menos conflictiva con la literatura, a menudo identificada con la ficción. Para Jablonka, la historia debe “asignarse tres misiones: probar, complacer, conmover” (310), compartiendo así ciertos objetivos de la ficción. Según él, la historia es una “literatura referencial”, una literatura que remite a un exterior del texto que, sin embargo, sería difícil de alcanzar si nos despojamos de las herramientas de la ficción. Jablonka recomienda, por tanto, recurrir a las “ficciones de método” que “participan en la producción de conocimiento” (210). La ficción posibilita alcanzar la verdad: “reubicada dentro de un razonamiento histórico, fecundada en contacto con un problema, enmarcada por una

investigación, la ‘ficcionalización’ del mundo se convierte en una diferencia productiva, un distanciamiento cuyo objetivo es comprender” (212). El recurso a las ficciones de método es una herramienta para explorar el pasado: nos permite cuestionarlo desde nuestro lugar, desde un aquí y ahora posterior. Para el historiador, por tanto, no se trata de mostrar los hechos, sino de esclarecerlos y de resolver las preguntas que hoy nos planteamos.

Si insistí en el papel que Jablonka reserva a la ficción en la escritura de la historia es porque nos permite revisar nuestro juicio sobre los historiadores medievales. Al leer este libro, que por otra parte ignora (o casi) la Edad Media, saltando alegremente de los historiadores antiguos a los del Renacimiento, se puede medir cuánto los medievales ya habían examinado, a su manera, las cuestiones planteadas por Jablonka: lejos de oponerse a la historia y la literatura, ellos también comprendieron su solidaridad. Como nos recuerda Estelle Doudet (2019), el arte de contar historias practicado por los medievales hace de la historia una literatura, es decir, “una escritura hábilmente construida para apoyar una comunicación basada en un particular pacto de credibilidad con los lectores” (155). Al igual que los historiadores contemporáneos, los historiadores medievales distinguen entre historia y relato o, para hablar como ellos, entre *facta* y *dicta*. Todos insisten en la importancia de escribir: se trata de componer una historia bella que permita llegar a la verdad, celebrar la memoria de los hechos del pasado y ofrecer ejemplos de vida. Si esta dimensión moral puede parecer ausente en la historia contemporánea, debemos señalar, no obstante, que Jablonka habla del compromiso del historiador con la ciudad, como lo hace P. Boucheron en el reciente libro escrito en parte con Mathieu Riboulet: *Nous sommes ici, nous revons d’ailleurs* (2022). Los dos historiadores subrayan el deber que los obliga a resistir los contra-discursos que falsamente se adornan con el prestigio de la verdad y la historia. Deben construir historias que, al dar sentido a los acontecimientos, fortalecen a la comunidad.¹ Esta concepción de la historia era compartida por el hombre medieval.

Se ha dicho que el siglo XV fue la centuria de la historia y de los historiadores, de los cronistas y los memorialistas. Si ese siglo ha producido tantos relatos históricos, el motivo está en que ha sido un periodo particularmente rico en transformaciones, conmociones de alcance si no universal, al menos europeo. La multiplicación de conflictos, las calamidades del momento reclamaban una puesta por escrito necesaria para comprender, explicar, justificar hechos inauditos que se produjeron en el periodo (pensemos, por ejemplo, en las peripecias de Juana de Arco). Otros factores favorecieron el desarrollo de un discurso histórico; como, por ejemplo, el gusto desmedido de los duques de Borgoña por la historia, que se manifestaba, en especial, en los ceremoniales de la corte.² Las historias antiguas,

¹ Sobre la importancia del relato en la fundación de una comunidad, véase el prefacio de Christophe Pradeau del libro de P. Boucheron y M. Riboulet, (2022: 7-22, y, en especial, 8-9).

² Como lo recuerda P. Courroux (2016: 408-421).

las crónicas locales, las biografías de caballeros históricos se multiplicaron en la corte de Borgoña. El duque instituyó el puesto de indiciario, es decir, de historiógrafo oficial del ducado, cargo que fue ocupado sucesivamente por George Chastellain y Jean Molinet. Asimismo, señores cercanos a la corte también redactaron sus memorias, tal el caso de Olivier de la Marche y el de Jean Le Fèvre. La historia contaminó todos los géneros: el *roman*, el cantar de gesta, la poesía (el *pastoralet*). Es cierto que esta historia oficial, escrita para celebrar la gloria de la casa de Borgoña, corresponde parcialmente a la idea moderna de historia. Si los historiógrafos, los cronistas y memorialistas se informaban, recolectaban información y buscaban fuentes confiables sobre lo que referían, sus relatos estaban guiados por el deseo de complacer al señor o a sus propias pasiones. La preocupación por la objetividad que los animaba, (como, supuestamente, impulsa al historiador de nuestro tiempo) estaba, en la Edad Media, fuertemente contrabalanceado por otra intención: proporcionar buenos ejemplos que pudieran instruir a los lectores. La historia poseía una dimensión didáctica, ofrecía lecciones de las cuales aprender. Los historiadores modernos evitarían admitir intenciones semejantes o, al menos, de darles un sitio de preeminencia. En ese sentido, el peso, respectivamente, de la objetividad y de la utilidad de la historia es, desde el siglo XIX y desde la visión positivista, distinto respecto de los del siglo XV, al menos, en teoría. En uno u otro caso, se trata de comunicar la realidad: si bien el historiador puede inventar, ofrecer una versión tendenciosa de un acontecimiento, no obstante, pretende narrar lo que realmente ha sucedido. No recurre explícitamente a la ficción.

En consecuencia, el texto del siglo XV que abordaré en esta oportunidad es absolutamente original respecto del panorama que tracé. Se trata del *Jouvencel* compuesto por Jean V de Bueil, un señor perteneciente a una antigua y honorable familia de Turena, que tuvo un papel preponderante en las guerras que enfrentaron a los ejércitos de Carlos VII y los del Duque de Bedford, regente del infante Enrique VI. Desde muy joven, combatió bajo las órdenes de grandes capitanes, tales como La Hire y Dunois. Partícipe de la batalla de Verneuil (1424) y de la de Castillon (1453), así como del sitio de Orleans (1429) y de la batalla de Patay (18 de junio de 1429), llevó adelante una carrera brillante que le significó varios títulos honoríficos y un sitio de relevancia en la corte de Carlos VII y más tarde en la de Luis XI. Muere, anciano y respetado, en 1477. Cuando en la década de 1460, se retira a sus posesiones, quizás por razones políticas, decide redactar una obra en la que celebra la carrera de armas: *Le Jouvencel*. Texto complejo, de naturaleza híbrida, el *Jouvencel* se presenta como una obra de ficción en la que se relata el ascenso brillante de un hombre de armas desde sus primeras y modestas hazañas, el robo de ropa, de unas cabras y una vaca hasta la reconquista de Amidoine, reino imaginario de un soberano injustamente damnificado, cuya hija el Jouvencel desposará. Las aventuras del Jouvencel proceden, evidentemente, de la experiencia militar de Jean de Bueil quien empleó, modificándolos sustancialmente,

los acontecimientos, los lugares y los personajes históricos de quienes prefirió no revelar los nombres. El libro es, en consecuencia, la biografía de un personaje ficticio bajo cuya fisonomía se ha querido reconocer al mismo Jean de Bueil. Sin embargo, no se trata de una autobiografía y menos aún de una autoficción, pues Jean de Bueil trata de desarrollar la carrera ideal de un hombre de armas. El *Jouvencel*, con su nombre alegórico (es decir, “el joven”) emblematiza ese prototipo. Esta carrera se divide en tres etapas, inspiradas en los tratados aristotélicos: el joven aprende, en primer lugar, a gobernarse a sí mismo (primera parte: fase monástica), luego es capaz de conducir un grupo de hombres (segunda parte: fase económica, la más extensa) y, finalmente, gobierna un país (tercera parte: fase política).

El *Jouvencel* es, por tanto, una mezcla curiosa de relatos joviales que narran nobles hechos de armas, narraciones morales y didácticas que enseñan las cualidades exigidas a un gran capitán, proporciona consejos tácticos sobre el arte de combatir e incluye declaraciones de fuerte impronta lírica sobre la grandeza del estado del soldado. Ahora bien, este texto tuvo la suerte o el infortunio de que fuera seguido por un comentario, redactado por Guillaume Tringant, poco después de la muerte de Jean de Bueil. Este escudero redacta, diez o quince años después de la composición del texto, en unos quince folios, lo que él denomina “exposición”, una suerte de “desciframiento” que pretendía ofrecer las claves del texto y que revelaba lo que Jean de Bueil habría hecho escribir en sus memorias a tres escritores bajo su servicio: Jehan Thibergeau, Martin Morin y Nicole Ryolay. Guillaume explica que, tras la máscara del *Jouvencel* se escondería su señor, Jean de Bueil, y que, por lo tanto, se trataría ni más ni menos que de una autobiografía disfrazada. Se piense lo que se piense de esta interpretación (que me parece una simplificación del proyecto de Jean de Bueil, sobre el que hablaré más tarde) es difícil no preguntarse por qué este militar, que participó de todos los ámbitos de la guerra entre 1424 y 1453 no escogió, claramente, el género histórico para narrar su experiencia, mientras que muchos otros sí lo hicieron. Podría haber redactado crónicas, como su contemporáneo Enguerrand de Monstrelet, señor de la nobleza baja quien, fue parte, probablemente, de una banda armada en su juventud picarda (Courroux, 2016: 423). Si más tarde se posicionó como recolector de impuestos y regidor de Cambrai, Monstrelet fue también hombre de guerra como Jean de Bueil, aunque en partidos opuestos (Monstrelet estuvo al servicio de Felipe el Atrevido, defendiendo la causa borgoñona en sus *Chroniques*). Se podría también citar otros hombres de armas, como Gillebert de Lannoy, quien ha dejado un relato de sus viajes y embajadas³ o, mejor aún, Jean, el bastardo de Wavrin, tal vez diez años mayor que Jean de Bueil, muy comprometido con las campañas militares de su tiempo en la facción borgoñona, luego inglesa – se hallaba, en consecuencia, en el campo contrario al de Jean de Bueil durante casi toda su carrera

³ Véase Potvin (1878).

militar: en particular en Verneuil, en Beaugency y en Patay. ¡Es hasta probable que hayan combatido uno contra el otro! Ahora bien, Jean de Wavrin es el autor de una obra histórica, el *Recueil des Chroniques et Anchiennes Istories de la Grant Bretaigne, à présent nommé Engleterre* [colección de crónicas e historias antiguas de la Gran Bretaña, llamada ahora Inglaterra]. Compuesta de seis volúmenes, esta obra monumental reconstruye “les haulx faits” (los grandes hechos) y las “grans proesses” (las grandes hazañas) de la nobleza de Inglaterra desde los orígenes del reino hasta 1471, es decir, que cubre los sucesos de los que Jean de Wavrin fue contemporáneo: la guerra sobre el continente y la guerra de las Dos Rosas. A diferencia de Froissart, que no podía vanagloriarse de haber participado en los combates que narra en sus crónicas, en el caso de Wavrin, él sí es un hombre de guerra. Wavrin insiste sobre la confiabilidad de su testimonio debido a su conocimiento práctico del oficio y a su presencia en el lugar de los conflictos. Declara, entonces, haber asistido a la batalla de Azincourt (tenía alrededor de quince años), en la que murieron su padre Robert VII de Wavrin, su hermano, heredero legítimo del señorío, así como Jean IV de Bueil, padre del autor del *Jouvencel*: “Moy acteur de ceste euvre en scay la verité, car en celle assemblee estoie du costé des François” (cit. en Devaux y Marchal, 2018: 10) [yo, autor de esta obra conozco la verdad, pues en esta asamblea estaba del lado de los franceses]. Actualmente, Jean de Wavrin es muy conocido por los medievalistas dado su perfil de eximio bibliófilo, que impulsó la producción “romanesque” (novelesca), solicitando la prosificación de los *romans* en verso antiguos y haciéndolos ilustrar por un artista extraordinario, el maestro de Wavrin. No obstante, por más que haya sido un gran aficionado a los *romans*, es la escritura de la historia la que elige, la crónica y no la ficción. Fascinado por la gloria militar, se concentra en la historia palpitante y caballeresca de Inglaterra más que en el mundo borgoñón, probablemente también porque sirvió bajo las órdenes de Bedford y John Fastolf. De esta manera, ofrece un testimonio de primer nivel sobre el sitio de Beaugency y la batalla de Patay.

Existían, pues, modelos o, en todo caso, antecedentes, que podrían haber llevado a Jean de Bueil por la misma senda, es decir, conducirlo a dar un relato preciso de sus años de guerra o a escribir sus memorias. Ahora bien, contrariamente a la lectura que realizan algunos historiadores modernos, y pese al desciframiento de Tringant, no podría decirse, insisto, que el *Jouvencel* sea una autobiografía. Se trata de una obra de ficción; no se puede identificar a Jean de Bueil como el Jouvencel. Por lo demás, un historiador del siglo XIX, Barante (1858), autor de una historia monumental del ducado de Borgoña, había ya demostrado la diferencia entre el hombre y su personaje al punto de afirmar:

Sin embargo, luego de haber leído y releído el *Jouvencel*, no podemos admitir, en absoluto, que se trate de un libro histórico ni que cuente hechos reales. La clave dada por Messodez [*es el nombre que da a Tringant debido a un error de lectura*⁴] transforma a las simples alusiones en similitudes generales, en rasgos dispersos tomados de acontecimientos reales, en una explicación asertiva y densa (239-40).

El argumento decisivo que destaca es que el *Jouvencel*, joven noble, ciertamente, aunque pobre, no puede representar a Jean de Bueil cuyo estatuto social era encumbrado. Sugiere que el destino del héroe evoca preferentemente el de los capitanes de guerra como Lahire o Pothon de Xantrailles: “Si el *Jouvencel* fuera un personaje real, sería uno de los dos capitanes; pero lo cierto es que representa una situación y una clase muy comunes de la época” (240). Ni es tampoco útil, de acuerdo con él, suponer que esos jefes de guerra sirvieron como modelo. Barante se interesa por el *Jouvencel* porque la obra permite ver, mejor que una novela histórica, mejor que la biografía de una persona real, “las circunstancias propias de todas las épocas” (242). La lectura de Barante es interesante porque valida la hipótesis de que la clave propuesta por Tringant, cuyo comentario del texto no figura sino en un número muy reducido de manuscritos, es innecesaria para valorar el *roman*; más aún interpone, entre el texto y el autor, detalles históricos que ocultan los grandes desafíos de la empresa. Para Barante, no hay que buscar el relato de sucesos históricos precisos tras el velo de la ficción, sino que es necesario reconocer allí la atmósfera de la guerra de los Cien Años, alusiones a instituciones, costumbres, en suma, al mundo en el que vivía Jean de Bueil. En consecuencia, Barante no transforma el *Jouvencel* en una novela histórica propiamente dicha, puesto que el autor describe en ella el mundo que le era contemporáneo, sino en una ficción realista en la que el ascenso social del protagonista, así como sus decepciones son las de una nueva clase, los hombres de armas que no son exactamente caballeros. Barante reconoce así el carácter casi alegórico del personaje del *Jouvencel*, cuyo nombre evoca esos “jóvenes” a quienes Georges Duby ha consagrado varios estudios.

Jean de Bueil no quiso redactar crónicas, no quiso escribir memorias tampoco. ¿Por qué? Tringant afirma que él “ne payait pas pour se faire mettre es croniques”⁵ [no pagaba para ser retratado en crónicas]. La declaración expresa un cierto recelo respecto de una clase de historia, aunque Tringant interpreta este rechazo como un simple gesto de modestia que contrasta con el orgullo y la ambición de otros jefes de guerra que hacen suyas hazañas que no han realizado. ¿Pero no será que Jean de Bueil tenía otra concepción de la historia, distinta de la de los cronistas y le asignaba otra finalidad, más allá de narrar la cruda realidad? Junto con contemporáneos como Monstrelet, comparte la ambición de suministrar buenos

⁴ Se trata de Guillaume Tringant, quien se llama a sí mismo Messire Odes.

⁵ Todas las citas provienen de mi edición *Le Jouvencel*, seguido por el *Commentaire* de Guillaume Tringant (2018).

ejemplos a los jóvenes caballeros. Su libro, como muchas crónicas, posee una finalidad didáctica. Por ejemplo, Monstrelet afirma en su prólogo: “s’ensièvent aulcunes exortacions moralles qui sont et pueent estre moult prouffitables à veoir et oyr aux rois, princes et grans seigneurs qui ont signouries à conduire et gouverner” (Monstrelet cit. en Courroux, 2016: 430) [prosiguen algunas exhortaciones morales que son y pueden ser muy beneficiosas para ver y oír a reyes, príncipes y grandes señores, quienes tiene señoríos para gobernar]. Tringant, por su parte, considera su comentario como una “advertissement aux jeunes gens de guerre de eulx y gouverner saigement, loyaument et prudemment” [advertencia a los jóvenes de guerra para que se gobiernen sabia, leal y prudentemente] (*Commentaire*, 693), coincidiendo, de este modo, con el objetivo manifiesto por el *Jouvencel*. La finalidad es la misma, en consecuencia, pero los medios para alcanzarla son diferentes. Aquello que brinda a la empresa literaria que constituyen el *Jouvencel* y su comentario un estatuto excepcional y apasionante, es que, alrededor del mismo tema, se observan dos maneras de escribir la historia: por un lado, la de Jean de Bueil que podríamos considerar como una “ficción de método”, utilizando la expresión de Jablonka y, por el otro, el relato cronológico de Tringant. Existe un ejemplo moderno que recuerda, de manera perturbadora, la compleja relación que mantienen el *Jouvencel* y su comentario: los *Manuscrits de guerre* de Julien Gracq, redactados probablemente alrededor de 1941 y 1942 y publicados, póstumamente en 2011. Comprenden dos textos. El primero, titulado *Souvenirs de guerre*, cuenta, como un diario redactado en primera persona y en presente, las aventuras del teniente Poirier y de su pequeña sección en el norte de Francia, en Bélgica y en Países Bajos, del 10 de mayo al 2 de junio de 1940; el segundo, llamado *relato*, está escrito en tercera persona y en pasado. El héroe es el teniente G., inicial que remite a Gracq y que anuncia al Grange de *Balcon en forêt*,⁶ otra ficción sobre la guerra. Los episodios que se narran en el primer texto son, en el segundo, condensados y desplazados mientras algunos detalles son suprimidos. Gracq elige, asimismo, no retener sino dos días de su periplo, de Dunkerque a Bourbourg; pero el relato logra recordar los recuerdos de las jornadas precedentes, de un primer pasaje por Dunkerque en 1939, entre los que se entrecruzan también reminiscencias de sus lecturas. La publicación conjunta de los dos textos permite entender el trabajo de recomposición y el pasaje de un relato autobiográfico a una ficción fundada en la experiencia de guerra del teniente Poirier. ¡Los primeros editores del *Jouvencel* y del comentario de Tringant se habrían regocijado si hubieran accedido a las claves para leer la ficción que representa el segundo texto de Gracq y hallar, así, el “verdadero” periplo de Louis Poirier! El ejemplo de los *Manuscrits de guerre* de Gracq permite comprender el trabajo al que se dedicó Jean de Bueil para ficcionalizar los acontecimientos que narra. Por lo demás, uno de los intereses del comentario de Tringant se relaciona con el hecho de que este no se contenta con esclarecer

⁶ La novela fue traducida al castellano con el título *Los ojos del bosque* [N. de Trad.].

la carrera de Jean de Bueil, laboriosamente reconstituida a partir del *Jouvencel*, sino que explicita también las operaciones de transformación que experimenta el material original. Ahora bien, sin que ello sorprenda, se trata de las mismas estrategias que utilizó Gracq: desplazamientos, condensaciones, supresiones y adiciones.

Cuando se compara la “exposición” de Tringant y el *Jouvencel*, un primer elemento impresiona: el comentario es mucho más corto que el *Jouvencel*. Comienza con una declaración que recuerda la que Joinville emplea al inicio de su *Vie de Saint Louis* y que se considera como una profesión que autentifica el relato de tipo histórico:

Y yo, Guillaume Tringant, llamo señor Odes, criado en la compañía de los tres ya mencionados,⁷ a quienes oí debatir entre ellos y otros sobre la certeza y veracidad de los hechos, he querido escribir y declarar, según mis posibilidades, las cosas, así como las pude oír y comprender. (694)

Guillaume expone su identidad y su origen y confirma la veracidad de su discurso. La importancia de esta afirmación fue captada cabalmente por el iluminador del bello manuscrito hoy conservado en la biblioteca del Escorial (S. II. 16 no. 36). El texto de Tringant es precedido por una gran miniatura (fol. 230) que muestra al escudero, vestido como un letrado, sentado en un banco, en un patio pavimentado, frente a un hermoso edificio de ladrillos rojos. Está escribiendo sobre hojas dispuestas sobre su rodilla derecha, como si estuviera tomando notas. Tres hombres están parados frente a él, en quienes se puede reconocer a “Jehan Thibergeau, señor de la Mothe, Martin Morin y maese Nicole Ryolay, servidores del señor de Bueil” (693), los tres secretarios que colaboraron con Jean de Bueil para redactar su narración, según Tringant. Jean Thibergeau está vestido con un traje corto y calzas que evocan su estatuto de señor, mientras que los dos otros visten túnicas largas de apariencia más clerical. Los gestos de los tres personajes prueban que están conversando vivamente. Uno de ellos señala con el dedo hacia el documento, como ordenando a Tringant que tome nota bien de lo que está diciendo. La imagen ilustra la transmisión de información de lo oral a lo escrito, insistiendo sobre la dimensión oral: así como Jean de Bueil, de acuerdo con Tringant, narró sus memorias a los tres redactores, quienes las fijaron por escrito, los tres redactores cuentan sus propias evocaciones a Tringant, las que fueron la base de su relato. ¿Qué le contaron exactamente? Hablaron de las condiciones bajo las cuales compusieron el *Jouvencel*, es decir, explicaron los deseos de Jean de Bueil (entre los cuales se halla el de disimular la verdad bajo el velo de la ficción) y explicitaron sus fuentes. En efecto, el relato de ellos tres, de acuerdo con Tringant, se basa no solo en los recuerdos de Jean de Bueil sino también en los “rapport de plusieurs bons cappitaines

⁷ Sobre los personajes y su papel en la redacción del texto, ver la introducción de mi edición (2018, 16-20).

et compaignons qui ont suyvy les armes et ont veu la pluspart des choses escriptes ou livre appellé le Jouvencel” [los informes de varios buenos capitanes y compañeros que tomaron las armas y que vieron la mayor cantidad de cosas descritas en el libro que llaman el *Jouvencel*] (693). Dado que Jean Thibergeau participó en algunos de los combates bajo las órdenes de Jean de Bueil, pudo completar los recuerdos de su señor: así el comentario informa sobre su papel en el sitio de Lude (698).

Pero Tringant ha hecho también sus averiguaciones entre los capitanes de guerra:

Pero luego, cuando investigué un poco más, supe de estos hechos por mis señores y otros a quienes pregunté, ya que no tenía otros capitanes o jefes de guerra. Y por ello hablo más de él, ciertamente. Y creo que quienes vieron estas cosas no me han mentido en absoluto. En consecuencia, el suceso está tan probado por amigos y enemigos que no será contradicho lo que aquí expreso. (694)

El comentario es confiable doblemente, puesto que los hechos que informa fueron cotejados a todo nivel. Al modelo ficcional de Jean de Bueil, Tringant prefiere, en consecuencia, un modelo histórico. Entremezclando la glosa con el relato, propone una exposición cronológica relativamente coherente de los acontecimientos militares desde la batalla de Verneuil y la toma de Orleans hasta la batalla de Castillon, las que constituyen como el marco en el que se destaca la biografía de Jean de Bueil. Tringant se esfuerza, por ende, en decodificar el *Jouvencel*, en detectar, bajo el velo de la ficción, los grandes hechos realizados por Jean de Bueil, aunque sin dudar en proporcionar la información ausente en el *Jouvencel*, como por ejemplo las hazañas del hermano de Jean, Louis de Bueil (710) o la captura de Mathew Gough en manos de Jean de la Vaulue (707). Inversamente, reconoce humildemente que le es a veces imposible dar cuenta de ciertos detalles del *Jouvencel*. Esto se debe a que la ficcionalización de la vida de su señor, aquello que él llama “la realidad disfrazada” hace que el desciframiento sea difícil para Tringant y este sufre tratando de justificar ciertos episodios del libro, como el casamiento del héroe con la hija del rey de Amidoine, Amidas, que se produce al inicio de la tercera parte (parte política), cuando el Jouvencel es enviado a socorrer a Amidas, amenazado por una rebelión. Un tanto perplejo, Tringant propone varias explicaciones al respecto: se trata de un episodio completamente ficticio, pues era la única manera de hacer que el personaje del Jouvencel, de origen modesto, acceda a un rango social superior; se trata también de un símbolo del triunfo que aguarda a los hombres de armas comprometidos en guerras justas. Más tarde, Tringant ofrece un equivalente histórico del matrimonio y reconoce, en este hecho, la promoción de Jean de Bueil al rango de almirante y de teniente de Carlos VII en Gironde durante la batalla de Castillon. Esta triple interpretación de un episodio evidentemente novelesco pone de manifiesto la molestia de Tringant.

Sin embargo, lo que aquí nos interesa es que Tringant se considera un cronista, más que un “novelista” y asume el estatuto de autor, un autor serio y confiable que no registra sino los hechos que ha verificado. Explica, por ejemplo, que no puede relatar la batalla de Cravant pues no ha “pas veu ne congneu ceulx qui ont esté prins et mors” [no vio ni conoció a nadie que fuera hecho prisionero o muerto allí] (695), y tampoco en la batalla de Azincourt:

Tampoco estuve en la batalla de Azincourt, en la que fueron hechos prisioneros y muertos muchos príncipes y grandes señores de Francia, caballeros y escuderos y mucha gente noble, como todos saben, así como el padre de mi señor, sus hermanos y parientes (*Commentaire*, 695)

Tringant remite pues a las *Grandes Chroniques de France* para mayores datos. El escudero se construye así el *ethos* de un cronista prudente y avisado.

Los límites de su relato son, no obstante, evidentes: las referencias temporales resultan lábiles: si existe alguna indicación relativamente precisa “environ deux ans apres” [alrededor de dos años más tarde] (sobreentendiendo el sitio de Lude, 699), “la premiere sepmaine de caresme” [la primera semana de cuaresma] (sobreentendiendo la del año 1429), Tringant utiliza con frecuencia una cronología mucho más relativa. Esparce su texto de “poco después” (699, 700), “luego de eso” (701), “en aquel tiempo”, sin dar las fechas. Es verdad, sin embargo, que cita numerosos lugares y, en particular, aquellos relacionados con las batallas. Pero, sin documentación complementaria, sería imposible reconstruir con exactitud los sitios donde se desarrollaron los acontecimientos o saber, por ejemplo, cuánto se tardó en recuperar las ciudades del Loira entre el levantamiento del sitio de Orleans y la coronación de Carlos VII en Reims (702-703). Por otra parte, se concentra en los combates que tuvieron lugar en Anjou o la Turena, sitios de las hazañas de Jean de Bueil, abandonando de esta forma la historia de Juana de Arco, de quien señala el papel esencial que le cupo en Orleans y en Patay:

Pero el buen rey Carlos no puede mantener su ejército por falta de víveres, vuelve a Turena y deja a la doncella en el país que había conquistado en compañía de mucha gente de bien y capitanes. (703)

No dirá nada, por tanto, de la captura y del proceso de Juana de Arco. Por el contrario, acontecimientos que pueden ser considerados como menores, los altercados entre Jean de Bueil y Gilles de Rais en Château-l’Ermitage y en Sablé (704-705) o el combate contra Rodrigue de Villandrando en Ponts-de-Cé (708) son objeto de desarrollos bastante

extensos, destinados a aclarar algunos episodios del *Jouvencel*. La preocupación biográfica lo impulsa y, de algún modo, Tringant cambia aquí de foco, engrosando detalles en detrimento del encuadre que el lector no logra representarse del todo. ¿Cuán importante fueron estas escaramuzas en el contexto de la reconquista del reino? La voluntad de celebrar la memoria de su señor, ¿no lleva a Tringant a exagerar su papel? Conciliar la crónica y la biografía conlleva ciertas distorsiones que debilitan la autoridad de Tringant. Es verdad que él alega y repite que trata de ceñirse a la verdad: la expresión “*au vray*” [en verdad], los vocablos, “verdad”, “verdadero” escanden su comentario, aunque se trata de una verdad guiada por el deseo de corregir la imagen maltratada de Jean de Bueil, a quien algunos de sus contemporáneos han usurpado sus hazañas de armas:

Pues la mayoría de las cosas que son descriptas en dicho *Livre du Jouvencel*, él las hizo y ejecutó, de las que otros se han vanagloriado de haberlas hecho, así como se les serán explicadas (*Jouvencel*, 694)

La lectura de Tringant ha marcado con fuerza la interpretación del texto en la modernidad. Los primeros editores del *Jouvencel*, Camille Fevre y Léon Lecestre, aceptaron sin distancia crítica alguna la información proporcionada por Tringant. En su introducción, Camille Favre, siguiendo el ejemplo de Tringant, buscó esencialmente establecer los lazos entre los acontecimientos históricos del siglo XV y los episodios narrados en el *Jouvencel*. El ejercicio es fascinante pues consiste en parafrasear el *Commentaire* de Tringant, aunque sólidamente completado, no se puede negar, con numerosos documentos de archivo destinados a confirmar el *Commentaire*. La introducción no hace ni más ni menos que lo que hace el *Commentaire*: brinda una biografía detallada de Jean de Bueil y cuenta cronológicamente, como el texto de Tringant, los sucesos históricos en los que participó. También glosa el *Jouvencel*, autorizándose a partir de la primera glosa que el *Commentaire* resulta ser. En algunos pasajes, sin embargo, C. Favre no se cuestiona sobre el valor de los testimonios de Tringant y ofrece como históricos algunos detalles que no se conocen si no es a través del *Commentaire*, como la desventura de la que fue víctima Jean de Bueil durante la toma del castillo de Mans:

Mi señor de Bueil se agarró por el pulgar de la cadena del puente y se realizaron grandes esfuerzos de armas para rescatarlo; gracias a Dios fue rescatado. (*Jouvencel*, 699)

En otras palabras, el *Commentaire* fue utilizado como documento histórico al mismo nivel que los archivos relativos a Jean de Bueil. Por supuesto, el texto de Tringant es un documento histórico y es legítimo aprovecharlo como tal. Sin embargo, parecería que no solo ofrece la materia sino también la forma y el método que C. Favre emplea en su

introducción. Siguiendo el ejemplo de Tringant, C. Favre se entrega a su propia lectura biográfica, más detallada, mejor informada, del *Jouvencel*, sin tener en cuenta, no obstante, la dimensión ficticia que Tringant había realmente comprendido. Con cierto humor, la base de datos Mandragore de la Biblioteca Nacional de Francia ilustra la tenacidad de la lectura biográfica: las leyendas de las miniaturas de los manuscritos BnF fr. 24380 y fr. 192 reenvían al suceso histórico que la miniatura supuestamente ilustra, mientras que ninguna de las dos copias conserva el *Commentaire* de Tringant.

Por su parte, Jean de Bueil no pretende componer un relato histórico. El narrador lo dice ya en el prólogo. Escribe una ficción teórica: “Ay proposé en oultre de diviser mon livre en trois principales parties selon les trois manieres de vivre recitees par le philosophe moral qui sont monastique, yconomique et politique” [me propuse dividir mi libro en tres partes principales de acuerdo con las tres formas de vivir como expuso el filósofo moral y que son monástica, económica y política] (146), que es también una buena historia, más amena que el comentario de Tringant, seco, inconexo y pesado. Jean de Bueil busca servirse de su experiencia personal para enseñar el arte de la guerra. Y estima que contar anécdotas ficticias o históricas pueden ser útiles para tal fin. A diferencia del uso que hacen los cronistas que fueron sus contemporáneos, que multiplican las anécdotas para recrear el contexto histórico, para entretener al público o para disimular su incertidumbre ante la complejidad de los fenómenos que se les escapan,⁸ en el caso de Jean de Bueil, las anécdotas poseen, fundamentalmente, un papel pedagógico y los discursos de los jefes de guerra a sus ejércitos están repletos de lo que podría calificarse como verdaderos *exempla*, extraídos de la historia antigua, y con frecuencia tomados de Valerio Máximo. Pero se encuentran también pequeños relatos basados en la experiencia reciente del autor (cuando menciona, por ejemplo, los errores tácticos de Luis XI) o de sus contemporáneos: evoca así un recuerdo que pone en escena a su propio abuelo Jean III de Bueil u otro, relacionado con el jefe de guerra La Hire. Estas anécdotas históricas, narradas por los personajes de ficción interfieren, ciertamente, en la distinción entre historia y ficción; pero, paradójicamente, esta interferencia permite al *Jouvencel* (mejor que al comentario de Tringant) cumplir con las dos misiones asignadas por Jablonka a la historia: complacer y conmover. La historia del *Jouvencel*, muchas veces amena, introduce al lector en el seno de la comunidad de los hombres de armas y deja sentir los lazos que la unen. Conforme con el objetivo que la Edad Media fija a toda escritura (*docere et placere*), el *Jouvencel* instruye gratuitamente al público, a los jóvenes deseosos de lanzarse a la carrera de las armas. Diremos que la tercera misión de la

⁸ Según P. Courroux (2016), las anécdotas son el “moyen privilégié d’explication lorsque les chroniqueurs se trouvent face à des mouvements de grande ampleur qu’ils ne comprennent pas et qu’ils réduisent à des aventures individuelles.” (704) [las anécdotas son una “forma privilegiada de explicación cuando los cronistas se encuentran ante grandes movimientos que no comprenden y que reducen a aventuras individuales”].

historia, según Jablonka, la de probar, no es respetada, puesto que el *Jouvencel* no cuenta la realidad histórica: por el contrario, obstinadamente rehúsa ubicar la historia del Jouvencel en el reino de Francia, que bien podría ser una concesión mínima, y evita mencionar a Juana de Arco: ¡Dios sabe lo que los historiadores modernos han reprochado esto a Jean de Bueil! Sin embargo, ¿no podríamos afirmar que mucho mejor que las crónicas, el *Jouvencel*, gracias a la distancia que le proporcionaba la ficción, captó los cambios sociales del siglo XV, el borramiento de la caballería en beneficio de una orden militar nueva? Johan Huizinga se había dado cuenta de esto, quien se interesó mucho por el *Jouvencel* en su *Otoño de la Edad Media*. En su visión, es “en este libro (...) en el que el espíritu de caballerías deja su lugar al espíritu militar”, que “se anuncia el espíritu francés que creará, más tarde, las figuras militares del mosquetero y del veterano”. Jean de Bueil no quiso escribir una autobiografía ni crónicas porque había comprendido que la ficción resulta más apta para traducir la realidad y que tiene el poder, más que los hechos en crudo, de conmover y de movilizar al auditorio, y que puede también mostrar y demostrar, aproximándose a las exigencias del “probar”. Escribiendo la historia-*story* del Jouvencel, Jean de Bueil escribe la historia-*history* de las compañías de armas de su tiempo.

Traducción: Lidia Amor y Samanta Dening

Bibliografía

- Boucheron y Mathieu Riboulet (2022) *Nous sommes ici, nous rêvons d'ailleurs*, Lagrasse: Verdier.
- Barante, Le Baron de (1858) *Études Littéraires et historiques*, París, Didier.
- Courroux, Pierre (2016) *L'écriture de l'histoire dans les chroniques françaises (XIIIe-XVe siècle)*, París: Garnier.
- Devaux, Jean y Matthieu Marchal (dir.) (2018) *L'Art du récit à la cour de Bourgogne. L'activité de Jean de Wavrin et de son atelier*, París: Champion.
- Doudet, Estelle (2018) “L'histoire est une littérature médiévale” en *Médiévales* 74, 155-164. DOI: <https://doi.org/10.4000/medievales.8699>.
- Jablonka, Ivan (2017 [2014]) *L'histoire est une littérature contemporaine. Manifeste pour les sciences sociales*, París: éditions du Seuil (coll. Points Histoire).
- Payen, Jean-Charles (1970) *Littérature française : Le Moyen Âge, (des origines à 1300)*, París: Arthaud.
- Potvin, Charles (ed.) (1878) *Œuvres de Ghillebert de Lannoy, voyageur, diplomate et moraliste* <<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k102047r>>
- Szkilnik, Michelle (ed.) (2018) *Le jouvencel: Suivi du Commentaire de Guillaume Tringant de Jean de Bueil*, París, Honoré Champion.